



Capítulo 40: Un fuego demasiado caliente

"El fuego no está del todo de tu lado..." murmuró Katharina mientras observaba la situación de Vergil.

—B-bueno, ya lo esperábamos, ¿no? —dijo, mirándose los brazos, que sanaban pasivamente.

¿Qué pasó? Bueno, estaban entrenando la energía del fuego demoníaco del Clan Agares, pero... se dieron cuenta de algo muy serio...

"Tu cuerpo aún no se ha adaptado al fuego... Se autodestruye y rechaza los efectos curativos, ya que consume tu energía", dijo Katharina. En ese momento, estaban en una dimensión de batalla mientras ella intentaba guiarlo para mejorar su control energético, pero...



"Esto es un gran problema..." murmuró, aunque él intentaba usar energía demoníaca para fortalecer su cuerpo. Gracias a las propiedades del fuego ardiente, nada funcionaba...

"Odio admitirlo, pero... no sé qué hacer", comentó mientras miraba a Vergil, sin comprender bien qué podía hacer. Para ella, esto no era nuevo, pero el problema era la imprevisibilidad del poder de Vergil, lo cual no tenía sentido...

Vergil la miró un poco preocupado; parecía que se culpaba demasiado...



¡Maldita realidad! ¡¿Por qué tiene que ser mi marido un bicho raro?! —gritó, dando un pisotón y creando un cráter en el suelo como una telaraña...

Vergil continuó intentando controlar el Fuego Ardiente, pero parecía que cada vez que comenzaba, algo bloqueaba su progreso.

Las llamas se extinguieron y reavivaron con la misma intensidad destructiva. Estaba cansado, pero no se rendiría tan fácilmente.

—Tranquila, Katharina —dijo Vergil, intentando disimular su frustración—. Puedo con esto. Solo necesito un poco más de tiempo.

Katharina, todavía roja de ira, lo miró con una mezcla de preocupación y desesperación.

¿Tiempo? ¡No tenemos tiempo! ¡Mírate! —Señaló las heridas que aún sanaban lentamente; sus manos se habían quemado más de veinte veces.

¡Esto se está volviendo un desastre! ¡Y mi monstruosa madre viene en camino! ¡Estamos muertos!

"No tiene sentido llorar... Seguiré probando nuevas maneras", concluyó mientras volvía a usar sus canales de energía demoníaca de todas las maneras posibles.

Vergil probó una nueva técnica, intentando ajustar la forma en que canalizaba la energía. «Quizás si lo intento de otra manera...»





"No sé si esto funcionará", se quejó Katharina. "Ya has probado todos los métodos que conozco, y aun así el fuego te está destruyendo el cuerpo".

Cerró los ojos, concentrándose, e intentó imaginar una barrera que pudiera canalizar la energía del fuego sin permitir que destruyera su cuerpo. «Quizás estemos pasando por alto algo... ¿quizás un enfoque diferente?»

Katharina suspiró, arrodillándose a su lado. «Tengo muchas ganas de ayudar, pero... necesito pensar en algo nuevo. Este poder es tan... desconocido, no es como mi fuego... no como este».

Mientras ella hablaba, Vergil sintió una ligereza en su mente.

Era como si una solución estuviera a punto de aparecer. «Quizás no sea solo el fuego, sino la forma en que intento controlarlo. ¿Y si...?»

Katharina arqueó una ceja, curiosa. "¿En qué estás pensando?"

"¿Qué tal si intento usar el fuego de una forma más integrada con mi cuerpo, en lugar de forzar su energía a través de él? ¿Como si simplemente... lo aceptara y me adaptara, en lugar de luchar contra él?", sugirió Vergil, intentando mantener la calma.

Katharina parpadeó, aún sin convencerse. "No sé si eso ayudará, pero... vale la pena intentarlo".

Vergil comenzó a ajustar su técnica, concentrándose en aceptar el fuego como parte de sí mismo en lugar de tratarlo como un elemento externo. El calor comenzó a disiparse de forma más controlada y los efectos destructivos disminuyeron.





"Eso es... diferente", dijo Katharina, observando el cambio. "Quizás hayas encontrado una manera de integrar el fuego con tu cuerpo. Es un comienzo".

"Parece que voy por buen camino", dijo Vergil con una leve sonrisa. "Aún queda mucho por hacer, pero si esto me ayuda a controlarlo, es un paso adelante, aunque todavía siento el dolor. Me consume menos, pero sigue ahí".

Katharina se cruzó de brazos, todavía algo escéptica, aunque ahora con un toque de curiosidad en la mirada. "Siempre haces esto, ¿verdad? Da un paso y piensa que vas por buen camino", dijo con una media sonrisa, aunque era más bien una broma de alivio.

Vergil soltó una breve carcajada. «Mira, no es que tenga muchas opciones. O hago que esto funcione o acabo convertido en carbón». Se frotó el hombro, sintiendo el dolor persistente del fuego que, obstinadamente, consumía su energía.



—Lo sé —murmuró Katharina, con un tono más suave—. Pero recuerda que, aunque el fuego se esté adaptando, sigue siendo... bueno, fuego demoníaco. Seguirá devorándote a menos que encuentres la manera de controlarlo por completo. Reducir el daño no basta.

Vergil asintió, con expresión más seria. "Lo entiendo. Es solo que hay un muro en mi mente. Puedo sentir el poder, pero está fuera de mi alcance. Cada vez que intento forzar la conexión, retrocede."

Katharina suspiró y se acercó. «Quizás sea eso. Quizás te estás esforzando demasiado, como si necesitaras domar el fuego a la fuerza. Pero... ¿y si el truco no es dominarlo, sino trabajar con él?»

"¿Trabajar con fuego? ¿Sabes cómo suena eso?" Vergil arqueó una ceja.



"Sé que suena ridículo, pero acabas de decir que cuando dejaste de luchar contra él, se volvió más controlable, ¿verdad?", insistió Katharina. "Quizás necesites aprender a coexistir con él. Deja que el poder del Fuego Ardiente fluya con el tuyo en lugar de intentar someterlo a la fuerza."

Vergil se quedó en silencio, procesando sus palabras.

Era difícil aceptar la idea de permitir que algo tan caótico y destructivo coexistiera sin intentar controlarlo por completo. Pero al mismo tiempo... tenía sentido. Quizás esa era la clave.

Vergil finalmente estaba empezando a sentir que estaba ganando control sobre el fuego dentro de él.

El calor todavía era opresivo, pero había una sensación de que poco a poco estaba encontrando el equilibrio necesario para coexistir con la energía demoníaca del clan Agares.



Katharina lo observó atentamente, y su expresión se suavizó al ver su progreso. «Le estás cogiendo el truco», comentó, cruzándose de brazos con aire de quien por fin podía relajarse un poco. «Parece que la idea de coexistir con el fuego no era tan estúpida después de todo».

Vergil rió entre dientes, aún concentrado en el proceso. "No me des demasiado crédito todavía, todavía tengo que ver si puedo mantener el control durante más de cinco minutos".

Estaban tan inmersos en su entrenamiento que no notaron los primeros signos de perturbación en el entorno que les rodeaba.



La dimensión de batalla que Katharina había creado para protegerlos del mundo exterior comenzó a temblar levemente.

Pequeñas grietas aparecieron en las paredes etéreas, pero ninguno parecía preocupado.

Estaban acostumbrados a que su energía a veces abrumara el entorno.

De repente, un fuerte estruendo sacudió la dimensión como si un trueno hubiera caído justo encima de ellos.

Un grito ensordecedor resonó en el aire...

"¿QUIÉN DESTRUYÓ MI TELEVISIÓN?"

Antes de que pudieran procesar lo que estaba sucediendo, la barrera de la dimensión de batalla se rompió como un cristal, y del vórtice que se formó, Novah, la doncella rubia, emergió con los ojos ardiendo de pura furia.

Con un puñetazo que parecía el golpe de un gigante, rompió por completo el espacio en el que se encontraban, arrojándolos de vuelta a la realidad.

Katharina y Vergil fueron arrojados hacia atrás al suelo de la sala de estar de la mansión, rodando en una postura casi despreocupada.

Vergil todavía estaba procesando la barrera rota cuando miró hacia arriba y vio a Novah parada sobre ellos, con las manos en las caderas y un aura de destrucción irradiando a su alrededor.





"¿QUIÉN? DESTRUYÓ. MI. TELE?" repitió, cada palabra con la fuerza suficiente para quebrar el suelo bajo sus pies. Su cabello rubio temblaba de ira, y sus ojos, normalmente amables, estaban llenos de la rabia que solo una criada privada de su paz podía expresar.

Vergil miró a Katharina, quien simplemente se encogió de hombros. «No fui yo», murmuró, volviendo a concentrarse en la energía del fuego demoníaco, como si nada más importara en ese momento.

A Novah, sin embargo, no le interesaba quién no había destrozado el televisor. Quería culpables, y los quería ya. "¡Están destrozándolo todo con estos entrenamientos locos! ¡Cada vez que salgo a limpiar algo, rompen algo más! ¿Y ahora quién me va a comprar un televisor nuevo? ¿Creen que tengo tiempo para esto?"

Vergil, todavía un poco aturdido por el abrupto regreso a la mansión, se frotó el cuello, intentando no reírse de la situación. "¿Televisión? ¿Qué televisión?"

Novah resopló tan fuerte que parecía que iba a explotar. "¡La tele de la sala! ¡La que dejé encendida con mi programa favorito! ¡Tenía una grabación, y ahora...!" Apretó los puños y, por un instante, pareció que el suelo bajo sus pies iba a ceder por la presión.

Katharina, que flotaba tranquilamente mientras manipulaba pequeñas chispas de fuego entre sus dedos, arqueó una ceja sin siquiera mirar a Novah. "Novah, cariño, estamos entrenando aquí. El televisor se puede cambiar. Tu programa, bueno... hay repeticiones".

Novah dio un pisotón, creando otra pequeña grieta en el suelo. "¡No hay repeticiones cuando el programa está en vivo! ¿No respetan nada? Yo trabajo aquí, limpio esta mansión de arriba a abajo, ¡y ustedes la hacen explotar como si fuera un parque de atracciones!"





Vergil suspiró y miró a Katharina. "Creo que es culpa tuya. Tú creaste la dimensión de batalla cerca del salón principal".

Katharina lo miró con desdén. "Oh, por favor. Si tuvieras más control, quizá no habrías hecho explotar la barrera y destruido la mitad de la casa. Yo solo creé el espacio. La destrucción siempre es tu responsabilidad". Siguieron bromeando, mientras la criada los fulminaba con la mirada.

Novah, sin dejar de mirarlos fijamente, esperaba claramente una respuesta más contundente. "¿Les parece gracioso? ¿Quién va a comprar un televisor nuevo?"

Vergil la miró con una sonrisa cansada. "Bueno, técnicamente, Katharina es quien financia este lugar. Así que..."

—Entonces tú te encargarás, Novah —interrumpió Katharina, señalando a la criada—. Compra un televisor nuevo. Cárgalo a mi cuenta. Es más, consigue uno más grande, algo digno de esta mansión.

Novah, sin saber si gritar o agradecerles por la solución, sacudió la cabeza con frustración y comenzó a salir de la habitación, murmurando algo sobre "un trabajo de mierda" y "demonios estúpidos".

En cuanto se cerró la puerta, Katharina suspiró aliviada. «Listo, problema resuelto».

Vergil, todavía tendido en el suelo, miró al techo y rió. «Algún día nos va a matar».

